

EL MEGÁFONO DE DIOS

El sufrimiento y el dolor no dejan de ser un escándalo. ¿Cómo compaginar la bondad de Dios y el sufrimiento humano? ¿Qué decir del sufrimiento de los inocentes?

Clive Staples Lewis (Belfast 1898-Oxford 1963), popularmente conocido como C. S. Lewis, fue un apologista cristiano y novelista, reconocido por sus novelas de ficción, especialmente *Las crónicas de Narnia*. Fue precisamente el tema del dolor lo que le apartó de Dios y, al fin, la comprensión del dolor le llevó definitivamente hasta Él. Estas son unas tremendas palabras suyas: *“No creo que Dios quiera exactamente que seamos felices, quiere que seamos capaces de amar y de ser amados, quiere que maduremos, y yo sugiero que precisamente porque Dios nos ama nos concedió el don de sufrir; o por decirlo de otro modo: el dolor es el megáfono que Dios utiliza para despertar a un mundo de sordos; porque somos como bloques de piedra, a partir de los cuales el escultor poco a poco va formando la figura de un hombre, los golpes de su cincel que tanto daño nos hacen también nos hacen más perfectos”*.

La pregunta que yo me hago en esta difícil situación que vivimos por la pandemia del Covid 19, desbordados por la desorientación y el dolor, es si para nosotros es cierto que en todo ello escuchamos la voz amorosa de Dios que nos quiere despertar y salvar. ¿O, por el contrario, estamos enfrentándonos al virus como si Dios no existiera o estuviera callado?

Fiódor Dostoievsky, en su obra *Los hermanos Karamazov*, hace que Sonia hable a Raskolnikov con estas palabras tan cercanas a la comprensión del dolor: *“Acepta el dolor. Eso tienes que hacer y así te salvarás... luego ven a mí, que yo cargaré también con tu cruz y entonces rezaremos y marcharemos juntos”*.

El padre **Teillard de Chardin**, jesuita y antropólogo, falleció en Nueva York un Domingo de Resurrección, como él había deseado, el 10 de Abril de 1955. Años antes había escrito en su Cuaderno de notas espirituales: *“Te confío, Jesús, desesperadamente, mis últimos años activos, mi muerte: que no logren debilitar lo que tanto he deseado terminar para Ti...”*. Esta oración resulta, de entrada, un poco estremecedora por su realismo, pero descubrimos en ella la apuesta fuerte del creyente por poner en las manos de Dios la vida toda: *«Cuando los signos de la edad marquen mi cuerpo, y más aún cuando afecten a mi mente, cuando la enfermedad que vaya a disminuirme o a causarme la muerte me golpee desde fuera o nazca en mi interior; cuando llegue el doloroso momento de tomar conciencia de pronto de que estoy enfermo o envejeciendo; y sobre todo en ese último momento en que sienta que pierdo el control de mí mismo y que estoy absolutamente inerte en manos de las grandes fuerzas desconocidas que me han formado; en todos esos oscuros momentos, oh Dios, concédeme comprender que eres tú -supuesto que mi fe sea lo bastante fuerte- quien está separando dolorosamente todas y cada uno de las fibras de mi ser para penetrar hasta la médula misma de mi esencia y llevarme contigo»*.

Según **José María Pemán**, en *El divino impaciente*, Ignacio de Loyola, al despedirse de Francisco Javier cuando sale por fin hacia las Indias, le recomienda sin complejo que esté dispuesto siempre a aceptar el sufrimiento: *“Pídele a Dios cada día / oprobios y menosprecios, / que a la gloria, aun siendo gloria / por Cristo, le tengo miedo... / Ni el rezo estorba al trabajo, ni el trabajo estorba al rezo. / Trenzando juncos y mimbres / se pueden labrar, a un tiempo, / para la tierra un cestillo / y un rosario para el cielo... / Mientras tanto, Javier mío, / porque no nos separemos, / llévame en tu corazón, / que en mi corazón te llevo”*.

Sí, el dolor es una palabra divina incómoda pero luminosa para el hombre.